BERNARDO SUBERCASEAUX

Historia del libro en Chile
(Alma y Cuerpo)

LOM EDICIONES

COLECCIÓN SIN NORTE

4. Transición a la democracia y nuevo paisaje editorial

Internacionalización y globalización

Uno de los aspectos más relevantes del nuevo paisaje editorial es la expansión y fusión de los grandes conglomerados transnacionales del libro, o de determinados grupos editoriales europeos o extranjeros que han logrado durante estas últimas décadas una posición expectante en el mercado mundial y también, por consiguiente, en sectores del mercado chileno. Nos referimos por ejemplo al grupo alemán Bertelsmann (que ha adquirido la propiedad de importantes editoriales españolas, y también algunas que operan en América Latina, como Sudamericana); al grupo Hachette Livre de Francia (que participa en la propiedad de Salvat)y a algunos grupos de la industria del entretenimiento y de las comunicaciones que han incursionado en el campo del libro, como los consorcios Times Warner y Paramount–Simon and Schuster de Estados Unidos. Entre las editoriales más activas en el campo literario y educativo en Chile[3], durante la década de los 90, como Planeta, Sudamericana, Ariel, Alfaguara, Grijalbo, Ediciones B, Arrayán, Santillana Chile, son todas filiales de editoriales españolas y europeas, algunas pertenecen a una misma casa matriz –como Alfaguara y Santillana– y otras han sido adquiridas por grandes multinacionales (por ejemplo, Grijalbo por Mondadori). La mayoría de ellas operan de acuerdo a un modelo que combina cierta autonomía editorial local con el control financiero por parte de la casa matriz, lo que significa que deben ser rentables.

La industria editorial que opera en la franja del libro escolar, con una producción, donación y comercialización anual que oscila entre los 5.000.000 y 8.000.000 de textos, tiene significación para todo el sector del libro. De partida, es bastante mayor que la que opera en el sector del libro tradicional cuya producción puede estimarse hacia fines de la década del 90 en 4.000.000 de libros (un promedio entre 1995 y 1999 de 2.200 títulos anuales, con un tiraje, también promedio, de 1800 ejemplares). De modo que la producción de textos escolares, tanto en volumen de capital como en ejemplares, representa más del 70% de toda la actividad editorial del país. En Chile, a comienzos de los 90, operan en el rubro texto un total de 10 empresas, que son, en orden alfabético, las siguientes: Andrés Bello (Jurídica); Arrayán; Didascalia; Ediciones Pedagógicas Chilenas (Hachette); INDEA; Norma (filial del grupo

[3] También han desarrollado una importante actividad editoriales nacionales como Universitaria, Andrés Bello, Dolmen y LOM.

colombiano Norma); Salesiana; Santillana; Universitaria y Zig–Zag. Para 6 de estas empresas el rubro texto constituye más del 70% de su actividad (Arrayán, Ediciones Pedagógicas, Didascalia, Indea, Salesiana, Santillana, Norma), y en las tres restantes (Andrés Bello, Universitaria y Zig–Zag) el rubro texto es sólo uno entre otros rubros.

De este grupo de empresas, en términos de producción y dominio del mercado, las más importantes son aquellas que corresponden a filiales locales de grupos editoriales europeos (o empresas mixtas en que estos grupos tienen un porcentaje importante de la propiedad): Arrayán, vinculada al grupo editorial Anaya, de España; Ediciones Pedagógicas Chilenas, vinculada al grupo editorial Hachette, de Francia; y Santillana del Pacífico, vinculada a la Editorial Santillana de España. La propiedad que tienen los grupos editoriales foráneos en las empresas locales es variable: en el caso de Arrayán corresponde al porcentaje mayoritario de la sociedad (más del 90%). En el caso de Ediciones Pedagógicas Chilenas, cerca del 75% de la empresa pertenece al grupo Hachette de Francia, grupo que también tiene intereses en España, donde acaba de adquirir la editorial Salvat. Santillana del Pacifico pertenece a Santillana España, y Norma pertenece al grupo colombiano Norma.

Cada una de estas editoriales locales forma parte de una red de filiales o de empresas mixtas, dentro de una modalidad de operación que aprovecha (gracias a la informática y a otros avances tecnológicos) los beneficios de la trasnacionalización de las actividades editoriales. A comienzos de la década de los 90 el grupo Anaya de España tiene filiales o está asociado en empresas mixtas en Colombia, México, Argentina y Chile; el grupo editor Hachette tiene filiales en Buenos Aires, México y Chile; y Santillana España en Argentina, Costa Rica, México, Perú, Venezuela y Chile.

Los grados de autonomía de las filiales o empresas mixtas con respecto a la casa matriz son –considerando el modelo señalado– variables. En el caso de Arrayán, la filial es autónoma en la gestión editorial y también administrativamente, pero dependiente y sujeta a control en el plano financiero. En el caso de Ediciones Pedagógicas, la filial chilena del grupo francés Hachette está vinculada a la filial argentina, las nuevas inversiones requieren de la aprobación de la casa matriz. La tendencia, sin embargo, tal como señalamos, es conceder a las filiales autonomía en la gestión editorial y administrativa, siempre eso sí que sean rentables, aspecto en el que la casa matriz ejerce un control férreo.

Arrayán y Santillana del Pacífico logran en la década del 90 una posición dominante en el mercado del libro escolar, tanto en el mercado de las

licitaciones públicas (en 1999, las donaciones de libros licitados por el Estado se aproximan a los 8.000.000 de libros) como en el privado.

Todo indica que en las próximas décadas la modalidad de «joint ventures» y la concentración del negocio editorial en grandes multinacionales, seguirá avanzando. Y que en el futuro tal modalidad se dará también en otros sectores de la cadena del libro, como ha ocurrido en Estados Unidos con la cadena de librerías Barnes and Noble. En la perspectiva de incursionar en campos afines o próximos a la cadena del libro, una de las empresas más fuertes que opera en Chile es Ediciones B (perteneciente al grupo español Zeta).

En el campo del libro escolar la modalidad de empresas filiales o mixtas ofrece ciertas ventajas (pensando en el libro como cuerpo), pero también algunos inconvenientes (que afectan fundamentalmente al alma del libro).

–los aportes de capital fresco, provenientes del extranjero y el respaldo de un grupo editorial fuerte, permiten planificar a mediano y largo plazo, sin la urgencia de retornos inmediatos.

–posibilita el traspaso e internacionalización más rápida de nuevas metodologías y experiencias pedagógicas, lo que significa en muchos casos la adaptación de libros realizados para otro contexto educativo.

–la participación en una red editorial internacional ofrece posibilidades de bajar los costos en la producción local, recurriendo a adaptación o traducción de textos, particularmente matemáticas, preescolar e idiomas (Arrayán y Ediciones Pedagógicas); también permite una producción desagregada aprovechando mejores precios: por ejemplo, fotomecánica en un país, películas e impresión en otro, etc.

Las mismas ventajas pueden, sin embargo, convertirse en problemas para el sistema escolar si por razones de rentabilidad económica se abusa de ellas. Sobre todo si se recurre a la adaptación indiscriminada de textos extranjeros, sin prestar atención a las características del proceso educativo y a los rasgos culturales y lenguaje propios del país.

Todo indica, tal como señalábamos en páginas anteriores, que algunas filiales de empresas internacionales han llegado a dominar el mercado del texto escolar. Se trata de un mercado con características muy particulares. Un mercado cautivo y predeterminado. Más alla de la matrícula escolar no existe mercado posible para el libro de texto, puesto que las posibilidades de exportación son muy bajas.

Se trata también de un mercado en que el Estado ha ejercido históricamente una suerte de tutoría, en la medida en que en el sistema escolar no puede circular ningún texto que no haya sido evaluado, aprobado o al menos

recomendado por el Ministerio de Educación. El Estado es al mismo tiempo el más importante comprador de textos escolares, a través de adquisiciones masivas de textos que luego obsequia en los distintos niveles de la educación básica y media. Se trata también de un mercado con limitaciones estacionales, en la medida en que los textos son un producto de temporada, que se venden por lo general durante dos meses, desde el 15 de febrero al 15 de abril de cada año.

Ahora bien, si la trasnacionalización editorial y las filiales o empresas mixtas han llegado a dominar un mercado con tantas restricciones como el de textos escolares, podemos perfectamente inferir que están también en condiciones de imponerse en el resto del mercado del libro. Así ocurrió, por lo demás, a comienzos de los 90, con el fenómeno de la nueva narrativa chilena, en que Planeta a través de su colección Biblioteca del Sur impulso un proyecto publicitario, comercial y editorial, al que luego se sumaron otras filiales de empresas españolas, como Alfaguara. Se trata de un reflorecimiento editorial y narrativo que consagra –recurriendo a royalties con avance y a los mecanismos del «star system» o vedetismo– a autores como Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet, Arturo Fontaine, Marcela Serrano, Carlos Cerda, Jaime Collyer y Carlos Franz, entre otros. Si bien el fenómeno de la nueva narrativa chilena fue un fenómeno editorial y comercial, tuvo sí repercusiones culturales, en la medida que incentivó el interés por la narrativa joven posdictadura, y proyectó a autores chilenos en el mundo hispanoparlante. Cabe, sin embargo, señalar que estas repercusiones culturales duraron en su calidad de miniboom lo que duraron las ventas; tan pronto el negocio bajó el fenómeno de la nueva narrativa chilena –como fenómeno de márketing– se desperfiló. Por supuesto se ha continuado publicando narrativa joven pero ya sin el impacto de interés público y de ventas que tuvo el fenómeno que comentábamos.

De todo lo anterior se puede desprender una consideración importante: el libro y el proceso editorial chileno forman parte de una tendencia a la trasnacionalización y globalización propia de las industrias culturales, cuestión que sin embargo no inhibe las iniciativas locales, como demuestra el fenómeno de la nueva narrativa, sin embargo las supedita a exigencias cada vez más exigentes de rentabilidad. Un sector importante del libro chileno, en el campo de la producción, de la circulación y del consumo estará, por ende, inexorablemente unido al destino de la industria editorial y de las industrias culturales en el plano internacional.

Como resultado de este mismo proceso de mundialización de la economía, las tensiones ideológico–políticas han aminorado y tienden –con el término de la guerra fría– a diluirse. La disputa del espacio cultural de la década de los 80 se convierte así, en los 90, y cada vez más, en una disputa de

mercados, o en una competencia (y en ocasiones, también en una confluencia) de la industria del libro con otras industrias de la cultura, especialmente con las industrias audiovisual e informática, industrias que al mismo tiempo que aportan nuevas tecnologías y soportes para el libro, también aspiran y compiten con él por el tiempo libre de los auditores, lectores y espectadores.

El editor independiente

El paisaje editorial se tiñe –como veíamos– cada vez más con la lógica de las modernas industrias culturales (de trasfondo globalizado), contaminando incluso a editoriales como Universitaria, que olvidando su tradicional misión cultural, apostó, entre 1994 y 1998, por un mesianismo mercantil (convirtiéndose en un holding) que la llevó a una situación de quiebra. Las industrias culturales se caracterizan por producir bienes y servicios culturales aplicando una economía de escala y una estrategia de tipo económico que busca rentabilizar la inversión. Desde el punto de vista de la sociedad, sin embargo, y considerando que el libro no sólo es un bien económico, sino también un bien social, interesa que las empresas editoriales, junto con ser rentables, cumplan una función social: que posibiliten la difusión y circulación de la mayor cantidad de mensajes creativos y expresivos que se generan en los distintos sectores de la sociedad. Desde este punto de vista, y especialmente para las generaciones jóvenes, para los creadores de provincia o para quienes se expresan en géneros literarios no comerciales como la poesía, revisten especial significación aquellas editoriales que cumplen una función cultural.

En medio de un paisaje crecientemente globalizado adquiere, por lo tanto, relevancia el hecho de que con el retorno a la democracia, se reactivan algunas editoriales independientes al mismo tiempo que surgen otras que retoman con tesón la antigua misión cultural. Son editoriales más bien pequeñas o medianas que rescatan la concepción ilustrada del libro, empresas que sin desatender el cuerpo se ocupan sobre todo del alma del libro, editoriales que casi siempre tienen una causa que va más allá del mero lucro[4]. Estamos pensando fundamentalmente en Cuatro Vientos, editorial creada en 1974 por Francisco Huneeus, que cuenta con un catálogo centrado en temas de psicoterapia, pensamiento, desarrollo personal y ecología humana, editorial que ha

[4] Editoriales religiosas de larga data –Don Bosco, Paulinas y Patris, entre otras– podrían también adscribirse a esta categoría.

llevado a cabo excelentes traducciones de autores del mundo desarrollado que ofrecen una perspectiva crítica frente al mundo contemporáneo; en Cuarto Propio, editorial creada por Marisol Vera en 1984, dedicada a recuperar y difundir las voces críticas y el pensamiento de la diferencia en espacios que van desde la filosofía y la poesía hasta la mirada de género; y en Dolmen, editorial creada por Juan Carlos Sáez en 1993, una editorial de ideas y pensamiento, que tiene un catálogo fuerte en economía y gestión, lo que le permite subvencionar poesía e historia, e incluso convocar a un premio de poesía para autores menores de 30 años. Estamos pensando en Mosquito Editores o en editoriales, como la Red Internacional del Libro, que se especializan en proyectos de autoedición. Pero sobre todo estamos pensando en Lom Editores, sin duda una de las experiencias más exitosas y destacadas de esta franja independiente, y sobre la cual, sin desmerecer a las otras, nos vamos a extender.

Lom fue creada en 1990, por dos jóvenes, Silvia Aguilera y Paulo Slachevsky. La editorial empezó publicando en 1991, en ediciones modestas, apenas tres títulos por año, para llegar, en los años recientes, a un promedio de 80 títulos anuales, lo que la sitúa en el 2000 entre las cinco editoriales más importantes del país, y sin duda la más significativa en términos de edición de autores chilenos. Mantiene un fondo editorial «vivo» de alrededor de 340 títulos distribuidos en más de 24 colecciones diferentes, que abarcan desde la fotografía, las ciencias sociales y los distintos géneros literarios hasta una colección sobre temas vinculados al golpe del 11 de septiembre. La línea matriz de la editorial se manifiesta en una articulación que, por una parte, mira hacia atrás, rescatando la memoria y el patrimonio literario y cultural chileno, y por otra, mira hacia adelante, editando voces de todo tipo (y en todo los géneros, desde la poesía hasta la crónica y la historia) que contribuyan al fomento de una cultura democrática, progresista y crítica. Desde esta perspectiva han rescatado líneas olvidadas de la producción literaria, como la novela social, u obras del pasado como *Selva Lírica*, la famosa antología de 1917, junto a obras de De Rokha y Huidobro, pero al mismo tiempo publican voces nuevas y autores jóvenes como Alejandra Costamagna. «Hemos trabajado –dice el Catálogo de LOM– el tema de la memoria, la identidad, la creación, el ejercicio de la reflexión y la crítica... De esta manera hemos venido desarrollando colecciones de libros desde distintas manifestaciones de la creación: poesía, ensayo, novela, crónica, teatro, cuento, testimonio, reportaje y fotografía».

La diversidad del catálogo revela que se trata de una editorial que tiene un claro propósito cultural, que se arriesga, que no sigue una estrategia con fines comerciales o por meras consideraciones de mercado. Esta perspectiva y la preocupación por incrementar la lectura los llevó a crear la colección

«Libros del ciudadano», en que cada volumen no sobrepasa el precio de una cajetilla de cigarrillo. Es precisamente la posibilidad de editar sin estar supeditados a criterios únicamente comerciales lo que les otorga, dentro del paisaje editorial actual, el estatus de «editores independientes».

Ahora bien, ¿cómo logra un editor independiente, que carece de capital, subsistir y crecer en un mercado pequeño como el chileno? Por una parte LOM vino a ocupar un nicho de este mercado, ese hueco que durante la dictadura estuvo ocupado por la labor editorial de los centros independientes, de las editoriales chilenas en el exilio y de Aconcagua, vale decir, por lo que llamabámos la franja contestaria. Por otra parte ha desarrollado una estrategia múltiple que aborda todos los puntos de la cadena del libro. Con respecto a producción, la editorial tiene su propia imprenta, básicamente con máquinas Docutech, tecnología que permite burlar la camisa de fuerza de la economía de escala, puesto que se trata de máquinas con las que tiene casi el mismo costo por unidad imprimir 50, 500 o 1.000 ejemplares de un libro. Las Docutech –a diferencia de las rotativas– permiten imprimir a medida que se va vendiendo, lo que significa un gran ahorro en términos de bodegaje y capital inmovilizado. A su vez la imprenta presta servicios a terceros, lo que se traduce en un importante sustento económico para la editorial.

En cuanto al producto, si bien en los primeros años los libros de LOM dejaban, como objeto material, bastante que desear, sobre todo en términos de errores de imprenta, en los últimos años se han profesionalizado y esmerado, tanto en la presentación como en lo relativo al texto. A su vez, en la medida que se ha convertido en una editorial importante, el aumento en el número de manuscritos y propuestas de edición que reciben, les ha permitido ser más rigurosos y selectivos a la hora de decidir qué se publica. Gracias al notable éxito de venta de uno de sus productos, (*Chile actual, anatomía de un mito*,1997, de Tomás Moulian), LOM incidió en una apertura del mercado local a la reflexión crítica y al género ensayo, con el consiguiente interés de varias editoriales por este tipo de libros. Con respecto a la distribución y terminales de venta, LOM tiene tres librerías propias, además de llegar vía distribución directa a las librerías de la Región Metropolitana, y desde Chiloé hasta Valparaíso. También utilizan los lanzamientos como espacios para generar reflexión y discusión, o recurren a mecanismos de venta directa, en las Universidades o en seminarios, encuentros y congresos. Han establecido además vinculaciones con editoriales independientes del extranjero buscando generar redes, o vías de exportación, particularmente a países en que hay un número significativo de chilenos. A su vez, en términos de difusión, LOM coedita *Rocinante*, una de las escasas revistas culturales de circulación mensual que hay

en el país, una revista cuyos contenidos dialogan con los temas y autores de su propio catálogo.

Autoediciones y editores independientes

Un fenómeno del paisaje editorial que no es nuevo, pero si creciente, son las autoediciones. Como revela el cuadro que sigue, las autoediciones registradas por el ISBN han mostrado un incremento progresivo en la última década, y en los años recientes representan sobre el 12 % del total que edita en el país. En la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (1999), tal como consigna un **Diccionario Biobliográfico de Escritores Chilenos Jóvenes y Autoeditados** preparado por José Christian Páez, se presentaron 215 títulos autoeditados. El Diccionario revela que más del 70 % son poetas y un porcentaje importante de los autores provienen de provincia, desde Iquique en el norte hasta Chaitén en el sur.

Autoediciones Títulos Porcentaje

1993	23	1,76 %
1994	91	5,80 %
1995	188	12,09 %
1996	279	14,19 %
1997	263	12,57 %
1998	289	12,13 %
1999	335	13,5 %

Fuente: Cámara Chilena del Libro ISBN.

Las autoediciones son, como su nombre lo indica, financiadas por los propios interesados. Para atender a este sector, y sobre todo a los poetas, se han creado algunos sellos editoriales: en Concepción, Editorial Cosmigonon Antiqua, de Óscar Lermanda; en Santiago, Ediciones del Gallo, de José-Christian Paéz; Ediciones Rumbos, de Efraín Szmulewicz; Platero Ediciones, de María Angélica Rojas; La Trastienda, de Alejandra Basualto y la Red Internacional del Libro, de Eleonora Finkelstein; ésta última, sin duda la de mayor actividad (en los últimos años ha editado un promedio de 30 títulos anuales, la mayoría autofinanciados o cofinanciados por los propios autores). El fenómeno de las autoediciones es

en varios aspectos revelador: por una parte apunta a una excesiva concentración de la actividad editorial en la capital (la actividad editorial en regiones es prácticamente inexistente); por otra muestra la escasez de editoriales dedicadas a géneros literarios no comerciales, pero de enorme importancia cultural y expresiva para el país, como es el caso de la poesía; y, por último, revela la existencia de microcircuitos culturales y las nuevas posibilidades, que ofrecen para estos microcircuitos los adelantos tecnológicos y computacionales. Sin embargo, el aspecto tal vez más importante del fenómeno, es que el aumento de las autoediciones estaría indicando que desde el punto de vista de la sociedad y de los mensajes creativos que en ella se generan, las editoriales existentes tienen un déficit y están en deuda, y que por lo tanto todavía existe un amplio espacio de actividad para los editores independientes, quienes podrían canalizar de mejor forma si bien no toda por lo menos una parte significativa de esta producción. Esta canalización resulta particularmente necesaria por el problema de los puntos de venta, pues las autoediciones por lo general no llegan a las librerías y se ven restringidas a circuitos de referencia y amistad del propio autor.

En un mercado pequeño y restringido como el chileno, el futuro para los editores independientes se presenta, sin embargo, difícil y amenazante; pero si se considera que la misión más trascendental de la actividad editorial es posibilitar la expresión y circulación de lo que se crea y piensa en un país, no cabe duda que ellos están llamados a desempeñar un rol de primera importancia en el paisaje editorial futuro. Resulta por ende del todo deseable que los editores independientes subsistan, crezcan y se multipliquen. También resulta necesario y urgente atender el problema de la distribución y venta, pues la supervivencia de las librerías se encuentra amenazada y aunque no hay datos fidedignos se percibe una clara fragilidad en el sector más tradicional del rubro, con numerosas librerías que han cerrado y muy pocas nuevas.

El Estado y el libro: ¿espectador o actor?

Desde hace varias décadas diversos sectores vienen insistiendo en la necesidad de una política de fomento al libro por parte del Estado. Ya en 1969, un informe de la CORFO sobre la industria editorial concluía recomendando la necesidad de un proyecto de ley que contemplara una política crediticia, tributaria y arancelaria; sólo así –decía, el informe– podrá la industria editora chilena conseguir a mediano y largo plazo un aumento sostenido en la producción y exportación de libros.

En la década del 80 la necesidad de impulsar una política de fomento volvió a ser una preocupación constante de todos los sectores involucrados en el libro, incluyendo ASIMPRES y la Cámara Chilena del Libro, quienes elaboraron un anteproyecto de Ley del Libro centrado fundamentalmente en el libro como mercancía (sólo atendía al cuerpo del libro). El gobierno de Pinochet, no tuvo, sin embargo, voluntad política para transformar el anteproyecto en proyecto y llevarlo a la práctica. Con el retorno a la democracia, el gobierno de Aylwin se plantea en su programa cultural apoyar y fomentar el desarrollo de las industrias del libro y del cine, considerando que se trata de áreas en que el país tiene ventajas comparativas. En 1993 se promulga la Ley de Fomento del Libro y la Lectura, que creó un Consejo y un Fondo Nacional del Libro, estableciendo además un sistema de reintegro a las exportaciones. El mismo año 1993 el Consejo distribuyó (por vía de un fondo concursable) cerca de dos millones de dólares, suma que fue destinada a compras institucionales de libros, apoyo a investigaciones y bibliotecas, fomento de la crítica y campañas en pro de la lectura. El ítem quedó ya incorporado al presupuesto de la Nación, y se ha ido incrementando paulatinamente.

Títulos editados por año

1992	1.010
1993	1.306
1994	1.566
1995	1.554
1996	1.972
1997	2.093
1998	2.382
1999	2.555

Fuente: Registro ISBN. Cámara Chilena del Libro

Tal como revela el cuadro anterior, en la década 1990–2000 se ha incrementado el número de títulos editados por año[5]. Cabe señalar, sin embargo, que se trata de estadísticas registradas por el sistema ISBN, mecanismo

[5] Los datos que entrega la Biblioteca Nacional superan con creces las cifras del ISBN; no son, empero, enteramente confiables, pues incluyen folletos, material publicitario y documentos de trabajo.

que se instala plenamente sólo en 1993. A nuestro juicio la incidencia conjunta de la Ley del Libro, el apoyo de Pro Chile a la exportación, y el incremento de textos donados por el MINEDUC, ha incidido en no más de un 15% de este aumento de títulos por año. El caso de Colombia es, al respecto, significativo. El desarrollo editorial colombiano aparece directamente ligado a la promulgación y puesta en práctica, en 1973, de una ley de fomento del libro focalizada en la industria nacional, de una política que en una década le permitió a ese país pasar de una producción aproximada de 800 títulos anuales a casi 4.000 (vale decir, un aumento de 500%), elevando también sus exportaciones de 4 millones de dólares a más de 25 millones de dólares. Esta diferencia con la situación chilena se explica porque en nuestro país la política del Estado ha sido más bien una política de mercado asistido, en circunstancias que tanto el cine como el libro requieren políticas de apoyo bastante más decisivas e integrales y focalizadas en la industria nacional.

Con respecto a los índices de lectura y al nivel educacional de los chilenos, se han dado a conocer recientemente algunos estudios que indican una situación alarmante. En efecto, un estudio que compara el nivel lector en Chile, con Australia, Nueva Zelandia y varios países europeos[6], señala que más de un 80% de los chilenos entre 16 y 65 años no tienen el nivel de lectura mínimo para funcionar en el mundo de hoy. Hay también algunas mediciones educacionales que indican un deterioro en el dominio de la lengua oral y escrita entre los alumnos que se encuentran en la educación media o que egresan de ella. Se trata de antecedentes que sumados a otros indican la necesidad de una acción más decidida de todos los sectores de la sociedad, pero particularmente del Estado como representante del bien común. Para ello se requiere enfrentar los problemas de la lectura y el libro de modo integral, vale decir en todos los puntos de la cadena, desde la creación, pasando por la producción, la distribución, difusión y puntos de venta, pero también por los complejos problemas que dicen relación con la calidad de la educación y la lectura, sin descuidar la valoración social de estas actividades. Precisamente la necesidad de una política integral se funda en lo que ha sido la columna de esta investigación: la idea de que el libro tiene cuerpo y alma, que por una parte es un bien económico, que se compra, se vende, se comercializa o se exporta, y por otra, es un bien social, un vehículo privilegiado de la creación, del saber, de la educación y del pensamiento.

---

6 **Literacy in the Information Age: Final report of the International Adult Literacy Survey**. Organization For Co-Operation and Develpment, Statistics, Canadá, 2000.

VII. Algunas consideraciones finales

El libro en el siglo XXI

Como todo estudio del pasado, el texto que el lector tiene entre manos, está también condicionado por el punto de vista desde el cual se observa. Es imposible que el sujeto cognoscente prescinda del horizonte de su mundo cuando mira hacia atrás. Sobre todo, en nuestro caso, en que el interés por la historia del libro y la cultura ilustrada está directamente vinculado a ciertas consideraciones mas o menos apocalípticas que han circulado sobre el tema. Nos referimos a algunas preocupaciones y discusiones que desde hace tres décadas se vienen dando con frecuencia en Europa y Estados Unidos, pero también en América Latina. Vale la pena, por ende, que nos detengamos a caracterizar este panorama. Un panorama que, como decíamos antes, además de influir en nuestra perspectiva, operó como estímulo y acicate de este estudio.

La nueva era y el libro

Estaríamos viviendo –se repite hasta el cansancio– los albores de una nueva época de la humanidad caracterizada por los cambios tecnológicos, la mundialización de la economía y la uniformación transnacional de la cultura. Una época en que las nuevas tecnologías electrónicas y la caída en los costos de las comunicaciones significarían que el factor distancia habría perdido su relevancia política, económica y cultural. Nos encontraríamos –se dice– en el comienzo de una nueva época histórica, en el marco de una sociedad posindustrial que incide en términos horizontales a todo el globo y cuyos efectos se estarían haciendo sentir en los más diversos órdenes[1].

[1] Algunos de los autores que desde distintos ángulos han contribuido a este diagnóstico, son Marshall McLuhan con *The Gutenberg Galaxy*, USA, 1962; *The medium is the message*, USA, 1967; (con Bruce R. Powers) *The global village: transformation in world life and media in the 21st. Century*, New York, 1989; Daniel Bell con *The end of ideology*, USA, 1966; *The coming of post-industrial society, a ventture in social forecasting*, USA, 1973; y Alvin Toffler con *The futurist*, USA, 1972 y *The third wave*, USA, 1980.

Frente a este tipo de discurso, que resalta los cambios tecnológicos, y que casi siempre es elogioso de los mismos, hay también otro que considera al consumo masivo y la massmediatización de la cultura como los rasgos que mejor perfilan a esta nueva época. Una época que según este discurso emerge después de la Segunda Guerra Mundial: desde entonces –se afirma– en todos los lugares del mundo, se ve el mismo tipo de cine, la misma máquina tragamonedas, los mismos objetos de plástico o aluminio, la misma hamburguesa y la misma propaganda que incita al consumo. Desde un punto de vista, que es a la vez crítico y descriptivo, se habla del reemplazo del «homo sapiens» por el «homo videns», del predominio creciente de un nuevo tipo de sociedad, de un capitalismo tardío o multinacional, caracterizado por una lógica global de mercado, por una uniformación transnacional de la cultura y por una vocación de consumo sin precedentes[2].

Hay también, por último, una tercera postura. Aquella que resalta los cambios producidos en el plano epistemológico, intelectual y estético. Una postura que habla de la crisis de los grandes paradigmas de Occidente, del fin de las utopías y de la pérdida de vigencia de la idea de progreso. También de la fragmentación del sujeto y del advenimiento del pensamiento «blando» y de una nueva sensibilidad artística. Una postura que suele vincular estas transformaciones a los cambios tecnológicos y políticos en curso, englobando todo en un nuevo paisaje cultural: la «sociedad posmoderna»[3].

Cualquiera que sea el diagnóstico que se haga de esta nueva etapa (énfasis tecnológico, megaeconómico o estético–intelectual), algunas de sus manifestaciones más evidentes se estarían dando en el plano del consumo cultural y en las actividades llamadas de «tiempo libre». Los datos y las estadísticas al respecto abundan. En España, por ejemplo, según una encuesta reciente, se afirma que la lectura habría disminuido en un 17% en las últimas dos décadas, la principal actividad en que los jóvenes ocupan su tiempo de ocio, es ahora, –se dice– con mucha diferencia, la pantalla de TV y el computador. La audición de música grabada supera a la lectura de libros, y el contacto de los jóvenes con máquinas electrónicas y computadores ocupa más tiempo que la lectura de prensa y de libros. Comparada con una similar realizada seis años antes, la encuesta muestra que, en general, el tiempo libre que se nutre con medios más modernos (TV, juegos electrónicos, video, computador y

---

2 I.R.C. Hirst y W. Duncan Reekie, *The consumer society*, London, 1977; Fredric Jameson, «Posmodernismo y sociedad de consumo», en Hal Foster *La posmodernidad*, España, 1985.

3 Véase, por ejemplo, Andreas Huyssen «Guía del posmodernismo», *Punto de vista*, 29, Buenos Aires, 1987; Jean Francois Lyotard, *La posmodernidad*, Barcelona,1987.

fotografía) supera con creces al que se nutre con medios más tradicionales. Del mismo modo los ocios pasivos superan a los activos, aun sin tener en cuenta la permanencia ante el televisor[4].

En Estados Unidos, a comienzos de la década de los 60, las encuestas señalaban una baja en el porcentaje de lectores de libros, (como veremos luego, décadas más tarde, los datos indican todo lo contrario). En todo caso desde los 70, se habla en ese país de una sociedad informatizada y de una nueva era de lectores electrónicos y audiovisuales[5]. Se dice que la televisión y los juegos electrónicos han malacostumbrado a generaciones de jóvenes que se impacientan ante cualquier obra impresa o visual cuyos códigos significativos no sean autoevidentes, y que por lo tanto se desinteresan por las obras que requieren de una atención seria y sostenida. Existe también preocupación, sobre todo en padres y pedagogos, por la presencia creciente de una industria del entretenimiento orientada hacia la juventud; una «industria de la conciencia» que se caracteriza por su vulgaridad, mal gusto y antiintelectualismo; una industria que produce y promueve música estridente (¡según los adultos!), películas de violencia y espectáculos de TV dirigidos a un mercado internacional de adolescentes.

En Japón, país que ha sido uno de los impulsores de los avances tecnológicos vinculados al tiempo libre, la empresa Sony anunció, ya hace una década, un nuevo invento: el libro electrónico. Se trata de un artefacto similar a un tocacintas portatil, que pesa alrededor de 400 gramos. Cabe en la palma de la mano y tiene un disco (CDROM) con capacidad para 100.000 páginas. Equivale, entonces, a alrededor de 400 libros de 250 páginas cada uno. El artefacto tiene una pequeña pantalla y es capaz de desplegar en ella toda la información almacenada. Permite además que si en algún momento el lector se cansa de leer, se desconecte de la información y se conecte a la música. Un artefacto que puede funcionar, alternadamente, como libro electrónico y como tocacintas stereo portátil[6]. Este tipo de invención tecnológica, por lo general profusamente difundido por los medios de comunicación –y que hoy día ya circula en el mercado–, provoca exclamaciones de admiración y convoca un clima de siglo XXI. Gracias a este clima de maravilla («todo es posible»), la fetichización de la tecnología se ha instalado en el imaginario colectivo. Hoy

---

4 La primera encuesta que arrojó este tipo de datos se aplicó a una muestra representativa de jóvenes entre 15 y 24 años, en 1989. *El país*, Madrid, 28 octubre, 1989.

5 Una encuesta Gallup señala que en 1937 el 29% de los adultos estaban leyendo un libro. A comienzos de los 60 ese porcentaje había caído al 17%. Vease «Reading: Old and New», *Deadalus*, 112, Winter, USA, 1983.

6 «Sony's newest portable is an electronic book», *New York Times*, 29 enero, 1990.

en día la utopía de la Biblioteca de Alejandría puede ser ya –se dice– una realidad, una Biblioteca capaz de poner a disposición de sus lectores –mediante el texto electrónico y vía Internet– todos los libros jamás publicados.

En sus diversas versiones el diagnóstico de una nueva era y la preocupación por sus consecuencias ha estado presente también en las ciencias sociales y humanas, en revistas y círculos intelectuales de América Latina. Los países latinoamericanos –dentro de marcos más modestos– también han participado en cuanto consumidores, de las transformaciones en curso y del clima generado por ellas. En Chile, por ejemplo, a principios de la década del 90, se estimaba que en promedio cada habitante veía 3,8 horas de TV al día. Existía un parque de más de 3.000.000 de aparatos de TV (casi uno por cada casa–habitación) y 14.000.000 de aparatos de radio (incluyendo 1.000.000 en vehículos), vale decir, más de uno por persona. Sólo circulaban, en cambio, alrededor de 500.000 periódicos en días de semana (800.000 los domingos) y el tiraje medio de los libros publicados apenas sobrepasaba los 1.500 ejemplares. En casi todos los países durante las últimas décadas han circulado datos parecidos a los anteriores, alimentando un abanico de reflexiones y discusiones sobre el futuro del libro. Un espectro de posturas que abarca desde la visión apocalíptica que proclama el fin de la galaxia de Gutenberg, y que predice que en el siglo XXI el texto electrónico será la nueva materialidad de la escritura, hasta aquella otra que le otorga al libro un valor transhistórico y que postula un renacer de la cultura de la palabra impresa, o, al menos, la coexistencia y complimentariedad entre el libro y otros medios de comunicación.

Una discusión abierta

No cabe duda que en la mayoría de los países –sean estos agentes o recipientes de las innovaciones tecnológicas– se han estado produciendo cambios en los medios de conocimiento, entretención y expresividad cultural. Es un hecho que el libro ya no ocupa, en estos órdenes, el rol que desempeñó en el pasado. La información que adquiere hoy día un niño sobre historia, geografía, problemas internacionales o adelantos científicos y técnicos, proviene, probablemente, más de la televisión, de los videos, del computador y de los juegos electrónicos que de los libros. Los instrumentos y los medios fundamentales del saber ya no son los mismos de antaño. En una sociedad crecientemente informatizada en que el lenguaje visual es –según sostienen algunos– en términos de información muy superior al lenguaje escrito, sólo un porcentaje pequeño de esa información circulará por vía escrita. En el

siglo XXI la destreza de «lo básico» (definida como leer y escribir) dejará de ser decisiva. La sociedad futura será una sociedad en que el conocimiento, la habilidad y la sabiduría estarán extraordinariamente difundidos, pero en la cual «lo básico» será el procesamiento de información y el manejo de imágenes. Tendremos así –dicen– una población que operara en su vida cotidiana con computadores, pero que en términos de conocimientos tradicionales (leer y escribir) será sustancialmente semianalfabeta.

Dick Brass, el brazo derecho de Bill Gates, anunció que en el 2010 se pondrá fin al soporte papel para el libro y el diario, y que el soporte sería en adelante electrónico. En el marco de estas predicciones emerge la visión apocalíptica de la cultura impresa. Se trata de una postura que proclama la muerte de la cultura de la palabra basada en el libro y su reemplazo por la cultura de la información y por la cultura de la imagen, por el «homo videns». En su grado extremo esta perspectiva se da, sin embargo, sólo entre algunos «futuristas» que fetichizan las transformaciones tecnológicas, concibiéndolas acríticamente como si operaran en un vacío histórico y cultural.

Este tipo de visión apocalíptica, que extiende un obituario a la cultura del libro, ha sido, sin embargo, discutida desde distintas perspectivas. En primer lugar desde el punto de vista de los datos y estadísticas que provienen, precisamente, de países considerados paradigmas de la sociedad postindustrial. En Estados Unidos, por ejemplo, el número de títulos de libros publicados anualmente ha subido en las últimas décadas, alcanzando un promedio de 60.000 títulos por año, lo que supera con creces el promedio de 40.000 de hace dos décadas y de 10.000 en 1950. El número total de libros se ha más que quintuplicado desde que la televisión empezó a difundirse. En cuanto a la distribución, en 1983 se estimaba que los lugares de ventas de libros habían aumentado en la última década casi en un 100%, de 10.000 a 19.000[7]. La mayor parte de este incremento se explica por las cadenas de librerías (B. Dallon, Barnes and Noble y Waldenbooks) que han instalado locales en casi todos los supermercados o centros de ventas masivos del país. Una encuesta nacional de lectura realizada en 1985 arrojó un total de 146 millones de lectores (libros y revistas), vale decir un 86% de la población adulta[8]. El estudio arrojó también una estrecha correlación entre mayor educación y mayor lectura. Son antecedentes que, en términos cuantitativos, apuntan a un crecimiento de la industria del libro y a un aumento considerable de la lectura.

---

7 «Reading, Old and New», *Daedalus*, USA, vol.112, 1983. El volumen completo esta dedicado al tema del libro y la lectura en la «era electrónica».

8 Nicholas Zill and Marianne Winglee, «Literature reading in the United States : data from national surveys and their policy impolications», *Book Research Quaterly*, Spring, 1989, Arizona,USA.

Una vitalidad similar se observa en los países europeos. En Francia, en los últimos años, se han publicado más de 400 millones de volúmenes al año, con tirajes promedios de 8.900 ejemplares. En el país galo los libros y álbumenes destinados a la juventud representan más del 18 % de las ventas totales[9]. En la Feria del Libro de Frankfurt los derechos de publicación alcanzan cada año precios más altos. Se percibe también gran actividad en términos de traspaso y adquisición de casas editoriales medianas y pequeñas por parte de los grandes conglomerados multinacionales del libro. El éxito creciente de la Feria del Libro de Frankfurt ha inspirado ferias del libro internacionales o regionales en cerca de 20 países, incluyendo algunas ferias especializadas como la Feria Internacional de Libros de Niños en Boloña, Italia. Y en América Latina, entre otras, la Feria del Libro de Buenos Aires, la Feria Internacional de Colombia, la Feria de Guadalajara y la bienal del libro brasileña, que se realiza alternadamente en Rio de Janeiro y Sao Paulo. En suma: eventos internacionales vinculados al libro en casi todos los países; curvas de ascenso y números verdaderamente espectaculares en cuanto a cantidad de títulos publicados por año, a cifras de negocios y a tirajes. Un comercio del libro activo, caracterizado por la ampliación e internacionalización de los mercados[10].

En relación al argumento de que la televisión sería el peor enemigo del libro y la lectura, un directivo del *Book of the Month Club*, de Estados Unidos (con cerca 1.200.000 socios), afirmó, que ese medio, lejos de ser un impedimento para el libro ha contribuido a su divulgación. Señaló el caso de varias series de TV basadas en obras literarias, lo que ha permitido a su empresa reofrecer esas obras en formato libro con excelente acogida por parte del público. La idea de que la televisión es intrínsecamente un medio que amenaza a la lectura, ha sido considerada por varios estudiosos como un prejuicio sin fundamento, producto más bien de la nostalgia de un pasado sin televisión que de la observación empírica de los hechos[11]. Un estudio sobre las motivaciones de lectura realizado en Estados Unidos mostró que entre las razones fundamentales que tenían los lectores para seleccionar un libro, se encontraba el hecho de haberlo escuchado mencionar en la pantalla o de que una

---

9 Jean-Yves Mollier et collectif *Ou va le livre?*, Paris, 2000.

10 Veáse una referencia a este proceso y sus implicaciones en «Consolidation, Internationalization, and the Future of Publishing: a Scenario», *Book Research Quarterly*, Vol.5, 3, Arizona, USA,1989.

11 Samuel S.Vaughan, «The supertitious dread of television as an absolute threat to reading books, however, is an uninformed fear. The fact is that on the average, book readers spend as much time watching television as do non book readers», *Daedalus*, op.cit. Elizabeth L. Eisenstein, *The printing press as an agent of change*, Nueva York, 1980. Dan Lacy, «Reading in an audiovisual and electronic era», *Daedalus*, op. cit.

película o un espectáculo de TV se había basado en él. En diversos países hay, en efecto, evidencias de que algunos programas de televisión (realizados a partir de libros) han contribuido a incentivar la lectura. Las miniseries «Martin Rivas» y la «Quintrala» en Chile, «Brideshead Revisited» en Estados Unidos, «Yo Claudius» en Inglaterra (adaptados de obras literarias homónimas), el Show de los Libros en Chile y «Apostrophe», en Francia, son programas de televisión que han contribuido a estimular la lectura[12].

Desde un punto de vista metodológico resulta, además, un error considerar a la lectura como una experiencia cultural aislada, en circunstancias que se trata de una experiencia cultural interconectada con otras experiencias. (No es casual que en Europa y Estados Unidos las grandes cadenas de Televisión y la industria del entretenimiento estén adquiriendo empresas editoriales). En la vida real un medio influencia a otros, y entre todos ellos se da una suerte de interacción. Lo mismo ocurre con las nuevas tecnologías. Los nuevos medios de comunicación son soportes tanto de textos como de imágenes. La nueva materialidad electrónica que adquiere la escritura no significa el fin del libro o la muerte del lector. Supone sí una redistribución de roles en la economía de la escritura. Lo más probable, desde esta perspectiva, es que se de una complementariedad, que sobreviva el libro impreso para ciertos usos y en otros la edición electrónica supere a los soportes tradicionales.

Por otra parte, el hecho del uso cada vez más generalizado de computadores tampoco significa el fin del libro. En Estados Unidos se calcula que más de 15.000.000 de empleados pasan gran parte del día frente a una pantalla de televisor. No están sin embargo mirando *Dallas*, sino leyendo información financiera o de otro tipo almacenada en bancos de datos o navegando en Internet. Son empleados de agencias de viajes, bancos, hospitales, servicios públicos, bibliotecas o empresas de distinto orden. ¿Van a querer esas mas de 15.000.000 de personas que pasan todo el día por obligación laboral pegados a una pantalla, van a querer, preguntamos, utilizar su tiempo libre para continuar sentados frente a una pantalla? El sentido común indica, más bien, que no, que los nuevos lectores electrónicos serán, en sus momentos de ocio, o deportistas, o amantes de la naturaleza o lectores de libros.

Por otra parte, desde el punto de vista de la producción, la computación ha traído consigo una verdadera revolución en el campo de la industria editorial, puesto que ha hecho posible la edición de libros con tirajes reducidos y a costos muy bajos. Se ha quebrado así la tradicional camisa de fuerza de la industria impresora, a saber, la relación inversa entre costos fijos

[12] Nicholas Zill and Marianne Winglee, op. cit.

(fotocomposición y preparación de originales) y costos variables (papel e impresión). Gracias a una tecnología que ensambla con la de los computadores, las impresoras Laser o impresoras tipo Docutech están cambiando el perfil de la industria editora. Representan en cierta medida una posibilidad para aquellos autores que no encuentran editores y para las casas editoriales pequeñas, sobre todo para aquellas cuyos fines son eminentemente culturales. Desde distintos puntos de vista es posible, entonces, sostener que la televisión y la revolución tecnológica en curso, lejos de reemplazar a la cultura de la palabra han venido a complementarla. Que las innovaciones tecnológicas lejos de ponerle fin a la Galaxia de Gutenberg, le han abierto –al menos en términos cuantitativos– nuevas oportunidades. Así, por lo demás ha ocurrido históricamente, con el cine, la radio y la televisión.

Otro ángulo de la discusión sobre el panorama actual y el destino futuro del libro tiene connotaciones abiertamente cualitativas o valorativas. Pueden distinguirse al respecto dos tipos de reflexiones. Una que compara libros con libros y otra que compara el libro con otros medios. La primera proviene de una preocupación por el ingreso indiscriminado del libro a la cultura de masas. Una preocupación por la injerencia creciente de algunos mecanismos propios de la industria cultural, con consecuencias que se consideran perniciosas (en términos cualitativos) para el mundo del libro. En efecto, en Estados Unidos, por ejemplo, de los alrededor de 60.000 títulos que se publican anualmente cerca de 50.000 son «popular books». Se trata de lectura recreativa o funcional (también de referencia o consulta) que entre otros géneros incluye a los romances, el melodrama, las novelas de suspenso, las novelas de vaqueros, las novelas de ciencia ficción, las biografías sensacionalistas, los libros de «autoayuda» o de «como llegar a ser...», los libros sobre cocina, alimentación, deporte, esoterismo, sexo, vitaminas, tarot, calidad de vida o viajes. Gran parte de estos títulos son realizados a partir de una misma fórmula, de un esquema genérico que se repite una y otra vez. Frente a este hecho se afirma que la industria del libro es indiferente a los valores propiamente artísticos y que se mueve únicamente por motivos de lucro. Que se trata en definitiva, de una industria que produce fundamentalmente «subliteratura», libros que el «homme des lettres» desprecia.

Umberto Eco, el conocido semiólogo y novelista italiano, se ha referido innumerables veces a este desfase cualitativo–cuantitativo. «Así como el exceso de información se traduce en menos información, existe –dice– el peligro de que el exceso de libros se traduzca en un número cada vez menor de libros artística o intelectualmente significativos». Estamos acercándonos –afirma– a la época de los libros desechables, de los libros coyunturales e incluso de los

libros con plazo y vencimiento fijo: «léase antes del 18 de mayo de 2001». Desde este punto de vista la crisis de la cultura de la palabra se debería más bien a una sobreabundancia de libros y publicaciones que al desaparecimiento de los mismos y a su reemplazo por un nuevo medio[13]. Este mismo peligro acecha, desde otro punto de vista, a Internet y al texto electrónico: el peligro de un mundo textual inmanejable, que aplaste al lector en vez de ayudarlo. El peligro de un exceso de textos que se convierta en una laberinto.

Precisamente, la añoranza de libros intelectual o artísticamente «significativos», nos conduce a un segundo género de reflexiones. Hacia el pensamiento de quienes destacan las cualidades específicas que tiene el libro en tanto medio expresivo, comparándolo, en este sentido, con otros medios, sobre todo con los audiovisuales. Es posible, se afirma, que el descubrimiento de un nuevo planeta o un viaje al espacio sea divulgado como noticia a través de la televisión o vía Internet casi al mismo tiempo de producirse. La manera de interpretar y profundizar esa noticia dependerá, sin embargo, a la larga, de los libros, tanto de libros actuales como pasados. A su vez, la interpretación profunda y compleja que se haga del fenómeno sólo podrá ser expresada a través del libro. El libro tendría, entonces, una ventaja cualitativa e interpretativa con respecto a otros medios.

La lectura de libros «significativos» es –se afirma– un acto complejo. Equivale al intercambio entre un lector, que interpreta unos signos, palabras y frases, y un autor, que los ha combinado con el propósito de exteriorizarlos para comunicarse con los demás. La lectura es una actividad fundamentalmente creadora, que fomenta el desarrollo de las facultades mentales del individuo de un modo propio, que no puede ser sustituido por otras actividades[14].

Leer presupone siempre descifrar y comprender, pero también imaginar. La lectura nos construye una imagen de la realidad muy diferente a la que nos entrega la visión o el oído. Una imagen de la realidad que puede llegar a ser más profunda, compleja y estructurada que la que nos entregan otros medios. Ninguno de los medios audiovisuales provee lo que la lectura entrega como puente hacia la experiencia del universo. Todas las grandes religiones tienen como base un libro–madre. En esta perspectiva, se sostiene que el libro es un medio insustituible, un medio que permite establecer relaciones complejas y significativas entre nosotros y la totalidad que está mas

---

[13] Véase el mismo punto de vista en Elizabeth L. Eisenstein, *The printing press as an agent of change*, Nueva York, 1980.

[14] José Antonio Pérez, *La necesidad y el placer de leer*, Madrid, 1988.

allá de nosotros; entre nuestra cultura y otras culturas; entre nuestro presente y nuestro pasado, entre lo que somos y lo que aspiramos a ser[15].

Hasta aquí hemos reseñado las distintas posturas respecto al libro y su futuro, en el marco de una nueva era. ¿Cuál es –se preguntará el lector– nuestra propia posición al respecto? La respuesta tiene dos caras: una de índole mas bien reflexiva o racional y otra que descansa en convicciones biográficas y personales.

Desde el punto de vista de una mirada racional la respuesta se vincula, necesariamente, a la pregunta por el carácter que debe asumir la modernización en una nación periférica, como es Chile. Nuestro país se ha convertido, en las últimas décadas, en un voraz consumidor de artefactos e innovaciones tecnológicas. Diríamos, incluso, en un consumidor acrítico y hasta cierto punto compulsivo. En una especie de «nuevo rico» que en algunos casos linda en la cursilería o en el fetichismo informático electrónico, sin reparar que los «medios», incluyendo Internet, son fundamental y básicamente eso: «medios».

Desde tales actitudes y posturas se suele implicar que el libro resulta hoy día obsoleto, pues los bancos de datos y los computadores tienen, como fuente de información, considerable mayor capacidad de almacenamiento y rapidez que el libro. El único problema es que este tipo de comparación descansa en una premisa que es –a nuestro juicio– enteramente errada. Aquella que presupone una equivalencia entre conocimiento e información.

No se trata, empero, de negar o de adoptar una postura contraria a la modernización tecnológica. La modernización tecnológica es un proceso ineludible y necesario, un medio para enriquecer la calidad de vida de los habitantes de un país. Precisamente es esta finalidad la que en última instancia debe orientarnos en cuanto a las direcciones y al ritmo que se le imprime al proceso de modernización económica y tecnológica. También es necesario que ese proceso tome en cuenta la particularidad e identidad cultural de los distintos sectores que componen la comunidad nacional. No debemos desaprovechar, además, nuestra condición de periferia; condición que nos permite mirar con ojo alerta las consecuencias de todo orden que va teniendo el proceso de modernización tecnológica cuando se asume de modo compulsivo en países desarrollados, especialmente en aquellos países en que el proceso ha estado orientado únicamente por las fuerzas del mercado. Debemos asumir, en síntesis, la modernización tecnológica, pero sin perder de vista que se trata de un medio para un fin, y no al revés. Es dentro de este marco que cabe pensar el futuro del libro.

---

[15] Dan Lacy, «Reading in an Audiovisual and Electronic Era», *Daedalus*, USA, vol. 112, 1983.

Es innegable que en el mundo contemporáneo la gran variedad de medios y recursos tecnológicos existentes han contribuido y seguirán contribuyendo al crecimiento cultural de la sociedad. Pero es innegable también que el libro continuará desempeñando en este plano una función insustituible. Así lo revela, por lo demás, el examen de los distintos tipos de lectura. Hay ocasiones en que leemos únicamente con una motivación **informativa** y **funcional**, para obtener referencias, datos o noticias. Tal como cuando se consulta un diccionario. Es muy probable que esta clase de lectura funcional, que por lo general responde a necesidades de trabajo, sea satisfecha en el futuro por el computador y por textos electrónicos, y que el día de mañana, como ya sucede en muchos países, las enciclopedias, los diccionarios y los libros de referencia se trasladen de la página impresa al disco duro o al CDROM, para ser consultados electrónicamente.

Un alto porcentaje de lectura se realiza, empero, con un propósito de simple **entretención** o **evasión**. El libro provee, desde esta perspectiva, un espacio en que se despliegan las ilusiones, los sentimientos y las emociones. Y decimos «un espacio en que se despliegan» porque el libro conlleva una vivencia de la temporalidad muy distinta a la de otros medios. Por su versatilidad, por ser un medio autosuficiente (no necesita electricidad ni pilas) y por su carácter móvil y transportable, el libro seguirá siendo –en el ámbito de la **lectura–placer**– un medio dificílmente sustituible. Por otra parte el ingreso del libro a la cultura de masas y la cantidad creciente de títulos de la llamada «subliteratura», no nos asusta; pensamos más bien que este crecimiento robustece desde el punto de vista económico a la industria editorial, y que tarde o temprano se convertirá –como lo pensaba Sarmiento con respecto a los devocionarios en el siglo XIX– en un incentivo para la lectura de otro tipo de libros.

Hay otros dos órdenes de lectura en que el libro es también dificílmente sustituible. La lectura de carácter **literario** y la que obedece a un afán **cognoscitivo**. La primera busca sentidos semánticos y estéticos más plenos y elaborados, y está motivada por una inquietud artístico–espiritual. La segunda busca un conocimiento más profundo y complejo, un saber que interprete los datos y vaya más allá de ellos. Todo indica que el medio que mejor puede satisfacer estas dos necesidades es y seguirá siendo el libro.

Desde el punto de vista de nuestra convicción personal, «creemos» en el libro, en su importancia pasada y futura. Y digo «creemos» por que se trata, en última instancia, de un acto de fe. Se nos podrá demostrar que los distintos medios (diarios, revistas, libro, cine, radio y TV) son históricos, que no hay ninguno que tenga garantías de eternidad, que en la época de la invención de

la imprenta hubo gran oposición a los libros impresos, que se los consideraba una degradación con respecto a los manuscritos, etc. Podrá decírsenos todo lo que se quiera, y darsenos un sinnúmero de argumentos y de razones, verdaderas o falsas, da lo mismo: seguiremos «creyendo» en el libro. Pertenecemos a la generación, quizás la última, que perdió la virginidad intelectual con el libro. El libro está firmemente enclavado en nuestro imaginario.

Esta fe en el libro, lejos de abandonarnos, se ha visto acrecentada en los últimos años. Nos ha sucedido, en este sentido, lo mismo que a los amantes de la naturaleza o a los ecologistas con la urbanización. A medida que aumenta el cemento, los automóviles, las autopistas y los computadores, se les reduplica la necesidad y la fe en la naturaleza. Es esta fe casi irracional, de raíces biográficas, la que alimenta nuestra visión sobre el rol y el destino del libro. Tal vez ella esté también en el trasfondo de nuestra reflexión más racional sobre el tema, o tal vez sea al revés. Da lo mismo. Se trata en todo caso de dos componentes que confluyen en nuestra mirada hacia el libro del siglo XXI.

PUBLICACIONES
LOM Ediciones

COLECCIÓN SIN NORTE

(Estudios, ensayos y monografías
en el área de las Ciencias Sociales)

- LAS CHILENAS DE LA COLONIA
  Cecilia Salinas
- DELINCUENCIA COMÚN EN CHILE
  Doris Cooper
- EL SUEÑO ERA POSIBLE
  Marta Harnecker
- CHILE: UTOPÍAS DE QUEVEDO Y LOPE DE VEGA
  Leopoldo Castedo
- LA ILUSIÓN DE FILOSOFAR
  Max Colodro
- EL PROGRAMA ABANDONADO
  Hugo Fazio
- LA SOCIEDAD GLOBAL
  Noam Chomsky - Heinz Dieterich
- DIARIO EN BOLIVIA
  Ernesto Che Guevara
- DE LO VIVIDO Y LO PELEADO
  Luis Corvalán
- INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA
  Jorge Gilbert
- UNA VEZ MÁS LA MISERIA
  Marcel Claude
- LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN
  Eduardo Devés
- MITOS Y REALIDADES DEL SISTEMA DE AFP
  Franyo Zapatta
- FILOSOFÍA Y DEMOCRACIA
  Humberto Giannini - editor
- EL PRECIO DE SOSTENER UN SUEÑO
  Jorge Lavandero
- LOS TIEMPOS QUE HACEN EL PRESENTE
  Fernando Castillo (ARCIS-LOM)
- LOS SUICIDIOS DE PLATÓN
  Luis Torres y Patricio Rivas (ARCIS-LOM)
- CINE Y MEMORIA DEL SIGLO XX
  Jacqueline Mouesca - Carlos Orellana
- EL TIGRE CHILENO Y LA CRISIS DE LOS DRAGONES ASIÁTICOS
  Hugo Fazio
- ÉTICA, DEMOCRACIA Y DESARROLLO HUMANO
  Cristián Parker - editor
- ADIÓS SEÑOR PRESIDENTE
  Carlos Matus
- LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN CHILE 1973-1993
  Patrick Guillaudat-Pierre Mouterde
- TIEMPOS QUE MUERDEN: BIOGRAFÍA INCONCLUSA
  DE FERNANDO CASTILLO VELASCO
  Faride Zerán (ARCIS-LOM)
- A 90 AÑOS DE LOS SUCESOS DE SANTA MARÍA DE IQUIQUE
  Varios
- REPÚBLICA INDEPENDIENTE DE SAN MIGUEL
  Mario Palestro
- TURBULENCIAS EN LA ECONOMIA MUNDIAL
  Robert Brenner
- REFLEXIONES AMERICANAS. ENSAYOS DE INTRA-HISTORIA
  Marco García de la Huerta
- RALCO ¿REPRESA O POBREZA?
  Domingo Namoncura
- EL ENIGMA DE LA LAGUNA DEL DESIERTO
  Mario Valenzuela L.
- EL MODELO CHILENO. Democracia y Desarrollo
  Paul Drake e Iván Jaksic
- EL DERECHO A LA TERNURA
  Luis Carlos Restrepo
- GOBERNAR EL MERCADO
  Gonzalo Martner
- MEMORIAS PARA UN NUEVO SIGLO
  Chile, miradas a al segunda mitad el siglo veinte
  Varios Compiladores
- LA TRASNACIONALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA CHILENA
  Mapa de la extrema riqueza al año 2000
  Hugo Fazio
- CRÓNICAS DE UNA IGLESIA LIBERADORA
  Varios autores